

"No tengo marido." Jesús le dice: "Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad." Le dice la mujer: "Señor, veo que eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar." Jesús le dice: "Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad." Le dice la mujer: "Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga, nos lo explicará todo." Jesús le dice: "Yo soy, el que te está hablando." En esto llegaron sus discípulos y se sorprendían de que hablara con una mujer. Pero nadie le dijo: "¿Qué quieres?" o "¿Qué hablas con ella?" La mujer, dejando su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a la gente: "Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?" Salieron de la ciudad e iban donde él. Entretanto, los discípulos le insistían diciendo: "Rabbi, come." Pero él les dijo: "Yo tengo para comer un alimento que vosotros no sabéis." Los discípulos se decían unos a otros: "¿Le habrá traído alguien de comer?" Les dice Jesús: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra. ¿No decís vosotros: Cuatro meses más y llega la siega? Pues bien, yo os digo: Alzad vuestros ojos y ved los campos, que blanquean ya para la siega. Ya el segador recibe el salario, y recoge fruto para vida eterna, de modo que el sembrador se alegra igual que el segador. Porque en esto resulta verdadero el refrán de que uno es el sembrador y otro el segador: yo os he enviado a segar donde vosotros no os habéis fatigado. Otros se fatigaron y vosotros os aprovecháis de su fatiga." Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer que

atestiguaba: "Me ha dicho todo lo que he hecho." Cuando llegaron donde él los samaritanos, le rogaron que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Y fueron muchos más los que creyeron por sus palabras, y decían a la mujer: "Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo."

Sobre la Oración

La oración es una elevación de la mente y del corazón a Dios, la contemplación de Dios, la audaz familiaridad de la creatura con el Creador, el alma que está con reverencia con El como delante del Rey y de la Vida misma que da a todos la vida; la obligación de todo lo que le rodea, el alimento del alma, la atmósfera y la luz que da ardor a la vida, la purificación del pecado; el fácil yugo de Cristo, su peso suave. La oración es el sentimiento constante - el reconocimiento - de nuestra debilidad o pobreza espiritual, la santificación del alma, la pregustación de la felicidad futura, beatitud angélica, la lluvia celestial que refresca, riega y hace fértil el terreno del alma, el poder y la fuerza del alma y del cuerpo. La oración purifica y reanima la mente, da luz a la mirada, gozo al espíritu; es el anillo de oro que une la creatura con el Creador, la fuerza y el valor en todas las aflicciones de la vida, la luz de la vida; el éxito en todas las empresas, dignidad igual a los ángeles, vigor de la fe, de la esperanza y del amor. La oración es comunión con los ángeles y santos, que place a Dios desde el principio del mundo. La oración es enmienda de la vida, madre de sincera contricción y lágrimas; potente motor de obras de misericordia; seguridad de vida, destrucción del temor de la muerte; es desprecio de los tesoros terrenos, deseo de las bendiciones celestiales y espera del juicio universal.

San Juan de Kronstad



La Voz del Señor

Año VII - Nro 21 - 25 de mayo de 2008
Domingo de la Mujer Samaritana

El espíritu de la resurrección de la familia argentina antioquena

"A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos" (Hechos 2, 32)
Palabras de apertura del Congreso General Arquidiocesano, en Santiago del Estero, el viernes 9 de mayo 2008.

¡Qué lindo es estar juntos en este Congreso, especialmente luego de la Pascua! En verdad, toda la fuerza de la resurrección se encuentra en esta tierra fértil, la tierra de sus almas, sembrada por la gracia de Dios y la labor de los pioneros sacerdotes y laicos que cimentaron las bases de nuestra Iglesia en Argentina.

Este espíritu de la resurrección caracterizó a nuestros antepasados, tanto en su vida personal y familiar, como en su vida religiosa y social. Con este espíritu, se enfrentaron y vencieron a todo tipo de dificultades, de debilidades, de necesidades, y optaron por una vida de entrega, de sacrificio, de dádiva, etc., o sea una vida dedicada a la resurrección. En realidad, toda su vida se fundamentó en esta fe. La misma pobreza que conocieron, fuera ésta material, cultural o social, puso en evidencia la riqueza de sus almas, la fuerza de su entrega, solidaridad y sacrificio. A pesar de las apariencias de flaqueza, de hambre, de inseguridad, de incertidumbre, de ignorancia, se embarcaron en el navío de la fe sobre el mar de este mundo, y mostraron que la vida triunfa en todo el sentido de la palabra. Ellos creyeron, obraron y se entregaron a Dios para que cumpliera sus deseos.

Nuestras iglesias en Argentina son una muestra de este triunfo de la fe. Es así que nuestras iglesias se construyeron. Tan genuina era la fe y tan profundo era el espíritu de entrega, que se reflejaba en la disposición personal para dichas construcciones, así como lo muestra este ejemplo: cuando un padre de familia en Buenos Aires entregó su ahorro a favor de la construcción de la Catedral, su esposa lo retó: "Este ahorro es para nosotros y para nuestros hijos", sin embargo, él afirmó: "La iglesia va primero, y Dios bendecirá nuestro trabajo".

Es un honor para mí estar entre ustedes, admirar y valorar este espíritu y lo que logró. Este mismo espíritu caracteriza a los que se sumaron a la fe de los antepasados a lo largo del proceso de su integración en este país, de modo que podemos constatar que este espíritu no se alienó, sino que se propagó y se difundió. He aquí nuestro misterio: una presencia ortodoxa argentina antioquena homogénea, si bien imperceptible en un país tan inmenso, sin embargo eficaz, necesaria y que no se puede ignorar.

Después de muchas décadas de presencia y de lucha, años de expectativas y de sueños, quizás dudemos de la existencia de este espíritu de la resurrección en nosotros, así como lo tuvieron y vivieron nuestros antecesores, quizás nos preguntemos si es posible seguir dando el mismo testimonio, o si no escucharemos otra vez lo que no conduce a concretización alguna. Sin embargo, siendo fieles al testimonio de los pioneros y de los que se sacrifican hoy, estas preguntas o dudas no deben ser las señales que vamos a seguir en nuestra ruta. Si fuera así, no tendríamos fundamentada nuestra existencia, porque todos los antecesores no permitieron que la duda, el desgano, la frustración, la desesperanza, etc., los vencieran y no permitieron que reinaran estos sentimientos en sus corazones.

No cabe duda que el Señor trabaja hasta ahora para extirpar de nuestro interior nuestras

dudas e incredulidad, así como lo hizo con los discípulos después de la resurrección, apareciéndose a ellos once veces, dándoles pruebas de su resurrección y enseñándoles los misterios del reino de Dios durante cuarenta días. Del mismo modo, Él reafirma en nuestros corazones las mismas semillas de la resurrección que tuvieron los pioneros de nuestra Iglesia en Argentina, mostrándonos la verdad, la vida y el camino desde los propios ojos de Dios, desde Su perspectiva, y enseñándonos cómo permanecer en la otra orilla de la vida, la vida de la resurrección, donde desaparecen las frustraciones, las decepciones, la incredulidad, la cobardía, etc.

Para que estas semillas crezcan y esta vida prevalezca en nosotros, necesitamos vivir en la Iglesia como una familia, como un cuerpo, así como lo expresa el apóstol Pablo. Es un cuerpo que tiene una voluntad, la voluntad de Dios, y no varias voluntades, convicciones, etc. Por ello, les pido que recen para que se manifieste y se haga la voluntad de Dios, no la mía o la vuestra. Hacer la voluntad de Dios es nuestro refugio ante las adversidades y los desafíos que encontramos.

Es también un cuerpo que se mantiene por la fuerza de Dios, de quien tenemos toda abundancia y toda gracia. No nos ilusionemos que nuestra fuerza intelectual, económica, social o relacional pueda sustituir a la fuerza de Dios. Sobre esta base, nos entregamos y ofrecemos nuestro talento, conocimiento, riqueza, etc. Así creció la Iglesia: María y José sirvieron al misterio de la encarnación del Señor y también los discípulos difundieron la fe en Cristo, siendo impotentes ante la hostilidad de todos los poderosos de aquel entonces, sean religiosos, políticos u otros.

No menos importante para la vida de este cuerpo es la confianza, en primer lugar en Dios y también en la jerarquía. Con este espíritu, se mantendrá y se desarrollará el espíritu de paz y de reconciliación. Sobre esta base, edificaremos

nuestra unión y reinará entre nosotros el amor, la corona de toda labor y toda existencia.

Quisieron un obispo joven, aquí está, pero no solamente para bendecir mesas, sino para trabajar, organizar y acompañarlos en esta última hora. He estado quince meses escuchando a los sacerdotes, las comisiones, las familias, buscando saber qué quiere Dios de nosotros y cómo se presenta la situación de nuestra Iglesia, de nuestras familias, etc. Los desafíos son enormes, pero vamos a trabajar. Mi responsabilidad es darles un panorama de este trabajo de terreno a varios niveles, canalizar sus inquietudes y sus requerimientos en esquemas de trabajo y proyectos, sometiéndolos a su consideración y evaluación. Sueños, ideas y sugerencias abundan. Coordinar y trabajar en conjunto es el espacio que les ofrece este congreso, siempre en la perspectiva de un testimonio digno de nuestra presencia y de nuestra fe.

Tengo que expresar mi agradecimiento a Dios y a todos ustedes, porque aprendo, gracias a esta experiencia, a conocer y a vivir nuestra fe más profundamente, y a ser un testigo de la voluntad y de la gracia de Dios en su Iglesia en Argentina y en las almas de los que encuentro en cada lugar. En cada encuentro y cada visita, observo en sus caras la herencia de los pioneros y siento que soy un privilegiado por estar entre ustedes. Privilegiado, porque veo que el mensaje de la resurrección viene desde ustedes mismos, desde sus propios corazones.

Quiero agradecerles por venir, por dejar sus casas, familias y trabajos, para pensar en la iglesia. Pido a Dios que bendiga sus esfuerzos e ilumine sus corazones para que tengan siempre las mejores intenciones. Tienen una gran responsabilidad. Espero que tengan éxito en todo. ¡Cristo resucitó!

+ Metropolitano Siluan

Tropario de la Resurrección (Tono 4)

“Las discípulas del Señor aprendieron del ángel el alegre anuncio de la Resurrección, la sentencia ancestral rechazaron y se dirigieron con orgullo a los apóstoles diciendo: ¡Fue aprisionada la muerte! ¡Resucitó Cristo Dios y concedió al mundo la gran misericordia!”

Tropario al Precursor (Tono 4)

“Como a un tesoro divino escondido en la tierra, Cristo nos ha revelado tu cabeza ¡Profeta Precursor! Por lo tanto, habiendo reunido en su hallazgo, venid con los cánticos inspirados por Dios, alabemos al Salvador, Que por tus súplicas, nos ha salvado de la corrupción”.

Tropario a la mitad del Período Pascual (Tono 8)

“En la mitad de la Fiesta, riega mi alma sedienta, ¡Salvador! con las aguas de la buena alabanza. Porque hacia todos exclamaste: “Aquél que tiene sed, que venga a Mí y beba”. ¡Oh Fuente de nuestra vida, Cristo Dios, gloria a Ti!

Kontakión de Pascua (Tono 8)

Aunque descendiste al sepulcro, Tú que eres Inmortal, borraste el poder de infierno y levantaste Victorioso, ¡Cristo Dios! Y a las mujeres portadoras del bálsamo dijiste: ¡Regocijaos! Y a Tus discípulos otorgaste la paz, Tú que otorgas la resurrección a los caídos.

Segunda Carta a los Corintios (4:6-15)

Hermanos, el mismo Dios que dijo: Del seno de las tinieblas brille la luz, la ha hecho brillar en nuestros corazones, para iluminarnos con el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo. Pero llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros. Apretados en todo, mas no aplastados; apurados, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros

cuerpos por todas partes la muerte de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De modo que la muerte actúa en nosotros, mas en vosotros la vida. Pero teniendo aquel espíritu de fe conforme a lo que está escrito: Creí, por eso hablé, también nosotros creemos, y por eso hablamos, sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús, también nos resucitará con Jesús y nos presentará ante él juntamente con vosotros. Y todo esto, para vuestro bien a fin de que cuantos más reciban la gracia, mayor sea el agradecimiento, para gloria de Dios.

Santo Evangelio según San Juan (4:5-42)

En aquel tiempo Jesús llegó a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca de la heredad que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como se había fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta. Llega una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dice: "*Dame de beber.*" Pues sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar comida. Le dice a la mujer samaritana: "*¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?*" (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.) Jesús le respondió: "*Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: "Dame de beber", tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva.*" Le dice la mujer: "*Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva? ¿Es que tú eres más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?*" Jesús le respondió: "*Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna.*" Le dice la mujer: "*Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla.*" El le dice: "*Vete, llama a tu marido y vuelve acá.*" Respondió la mujer: